EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por la agrupación "El Hombre"

REDACCION Y ADMINISTRACION
DOMINGO ARAMBURU No. 1828

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 27 DE JULIO DE 1918 | (PORTE PAGO) | Núm. 92

EL DESEO...

«El deseo está en el primer despertar, es el primer germen del espíritu»...
VEDAS.

Con el primer deseo, apunta en el hombre el primer paso hacia la evolución. Es el balbuceo de la inteligencia, el camino abierto, después de la primera sensación consciente.—«El sentimiento es un dato primitivo. La cuestión, por consiguiente, no es como surge el sentimiento, sino como se modifica y da lugar a la sensación»... (Rosmini).

Lo fundamental, en efecto, no es encontrar el instinto que, por otra parte, existe en todos los seres, sino el instinto ya transformado en una sensación consciente: principio de un estado de inteligencia.

Si el hombre es tan grande, lo es, simplemente, por su condición ultra sensible; no solo refleja, sino también, capaz de proyectar sobre el infinito, nuevos mundos, realidades contenidas en un pensamiento.

Sobre el deseo, está constituido el ideal de todo progreso; pero el deseo, es un sentimiento consciente, y, antes que él, la sensación se iluminó a sí misma, se hizo percepción y dió origen a la conciencia.

El deseo, no aparece en las almas dormidas, donde la insensibilidad levantó su tienda, sino en los séres cuyos sentimientos han alcanzado dominios de sabiduría, cuando son sensibles de sí mismos, conscientes de la propia existencia. «El sujeto sensible—nos dice Rosmini—no es deducido de un largo esfuerzo de razonamiento, sino de un simple análisis de la idea de la *sensación existente*... Concebir una sensación existente, es concebir una substancia»...

Cuando el sér concibese a sí mismo como substancia, estúdiase como tal, proyéctase hacia fuera y, comprende un dia, que él, es susceptible de mejoramiento... De ahí, al deseo consciente, al anhelo de progresar y ascender, solo hay un paso..... Paso, que significa en la historia de la humanidad, la sucesión de muchos siglos.

El deseo, canta en el alma del hombre su insatistecho afán; sitúa su fuerza en el cerebro, y desde allí, proyecta sobre el universo sus interpretaciones, sus esperanzas, sus ideaciones de armonía y de belleza. Aquellos, que no alimentan en su alma un deseo de algo mejor, que no marchan por su voluntad hacia una evolución, puede decirse de ellos, que están muertos.....

El deseo, que es energía creadora, elevando el sentimiento hasta las regiones del arte, tomando vuelo en alas del pensamiento y poniendo en libertad a ese potro joven que se llama el corazón, produce las maravillas de vida sensible que se llaman: el poeta, el filósofo, el artista, el sabio, el héroe, el rebelde.....

Cada época tiene sus grandes ejemplares, sus hombres cumbres, sus hombres faros, sus hombres idealistas. Las costumbres, las leyes, los sistemas, todo pasa, todo se transforma al calor de una voluntad progresiva, bajo los requerimientos del gran anhelo que trabaja en el alma. Una evolución humana ya existe, determinada por un incentivo tan poderoso como es el deseo.

Un deseo es el amor, y llena el orbe de vida; un deseo es la libertad, y pone a la historia en marcha hacia el hombre libre. El deseo, tiene sus gradaciones, sus escalas, sus desenvolvimientos:

Primeramente es una inquietud, un ligero chispazo, un desasosiego incomprensible; luego, concrétase algo, empiézase a ver y, poco a poco, se ilumina totalmente; después, es fuego que nos quema, es la pasión de «querer» en toda su potencia, en toda su fuerza, es la hora del avance hasta la etapa culminante, que da cima a las ansias todas: el poder. ¡Poder realizar nuestros deseos!...

El sabio, el artista, el pensador; el que sueña, el que investiga, el que ama, conocen esta sublime hora, el minuto del triunfo de su deseo... Deseo, en el primer plano, es el reflejo del instinto ciego, la no consciencia del hombre primitivo; en el segundo, se hace luz y se convierte en un «senti-conocimiento»; en el tercero, es acción y trabaja en dominios de realidad.

El despotismo

Cuantos y cuantos nos hablan todos los dias de que la violencia debe ser vencida con una violencia mayor, en verdad que viven por la esperanza y en el deseo de libertad; pero, si una violencia lleva al hombre hasta alcanzar otra mayor, en el mismo plano de brutalidad y de odio, lo que se trabaja, entonces, no es la libertad y si el despotismo. Y es, que la gran mayoría de los hombres no son, en realidad, enemigos del despotismo aunque así se lo creen e imaginan; son enemigos del despotismo que los demás ejercen o pretenden ejercer sobre ellos, mas no del que puedan alcanzar ellos sobre los otros.

El hombre no evolucionado en su psicología, es un animal autoritario por fatalidad biológica; es, lo que puede ser según su estructura, solo modificable por la amplitud mental que haya alcanzado hasta el momento, por el trabajo de transformación que hayan hecho las ideas libertarias en su espíritu. No es estraño ni anormal que, los que han sufrido el rigor del despotismo, juzguen vencerlo escalando ellos la esfera de un despotismo mayor; en realidad, ellos vencerán el despotismo de los unos, pero a su vez, se convertirán en déspotas.

No hay progreso, donde las reacciones no alteran el orden de los fenómenos que abarcan su esencia. Una violencia que contesta a otra violencia, es un efecto que pasa a ser causa y una causa que se transforma en efecto. Se puede ser violento, aun cuando se sabe mala y negativa a la violencia, si nuestro temperamento y nuestra naturaleza es tal en instintividad; pero no se alcanzan sus ejercicios, cuando los sentimientos han sido dominados y sacudidos por el valor de la idea de libertad, cuando el hombre ha conquistado un efectivo progreso humano.

Puede decirse, entonces, que siendo la violencia una aptitud de barbarie, si determina otra violencia del mismo orden aunque más potente en intensidad y volumen, no se obtiene otro progreso que el progreso de la violencia; pero, en cambio, si una violencia es contestada por una acción distinta a su naturaleza, por una acción menos impositiva y más sabia, el progreso del hombre y la libertad, podrán cumplirse.

TEMAS OBREROS

LA ORGANIZACIÓN

De todos los problemas actualistas, ninguno apremia tanto como el económico. La vida se va haciendo imposible para el trabajador. Y se hace así, porque ya el obrero no se conforma ni se resigna facilmente a la miseria, porque comprende la razón que le asiste en reclamar e imponer mejores condiciones de existencia y de trabajo, porque conoce al fin que tiene en la organización gremial, no sólo el medio de alcanzar mejoras económicas inmediatas, sino también la brillante y optimista perspectiva de desalojar del campo del trabajo al capitalismo parásito y expoliador.

No obstante lo que dejamos dicho, las organizaciones obreras—se nos dirá—no han llegado a realizar amplios finalismos en consecuencia con los fundamentos ideológicos que le sirven de base. Es cierto esto, ciertísimo; pero la culpa, en este caso, no reside en los trabajadores mismos, en la falta de interes por la organización, ni en la apatia por los problemas que importan la lucha contra el capital. El mal reside en los caudillos, en esos hombres que todo lo abarcan y pretenden hacer dentro del gremio, esos que, poco a poco, van elevándose al grado de «factotums» y, un buen día, se entienden, como cualquier vulgar gobernante, con los enemigos del obrero y venden miserablemente a su gremio, traicionando a los compañeros de causa. Estos actos, traen la desmoralización en el campo económico, determinan tales recelos y suspicacias entre los obreros que, muchas veces, la muerte del gremio es su resultado inmediato.

Para conjurar estos peligros y llevar la organización al elevado punto que merece en el momento histórico porque atravesamos, urge encarar la cuestión gremialista desde el punto de vista de la conciencia individual, de la capacidad de autogobierno, procurando descentralizar lo más posible, subdividir las funciones, intentar cambiar semanal o mensualmente de comisión y no reeligir a los mismos compañeros, obteniendo así, a más de una capacitación general del gremio para las funciones ejecutivas y de administracción, la imposibilidad notoria, de que arraigue el caudillismo o el parasitismo dentro de las entidades obreras.

La paz definitiva

Háblase de la paz entre los pueblos. Una paz permanente y definitiva para el mundo, garantida por la constitución internacional de la «Sociedad de las Naciones».

No somos optimistas.

Paz efectiva, guerra imposible en el futuro, no puede radicar en una unión convencional de los pueblos, sino en la esperanza de un progreso del hombre: cuando los hombres sean hombres.

Los hombres pueblo, son fáciles a la sugestión; no tienen pensamiento propio: piensan, sienten, obran en un sentido de masa, corporación, colectividad. Todo en ellos es peso de comunidad, valor de nación, concepto de entidad, región, raza.

Su ciencia, cultura y arte, giran en torno de un nombre regional; llevan etiqueta francesa, alemana, rusa, italiana o argentina, mas bien que un sello de hombría, de independencia, de carácter personal.

¡Y, así va el mundo!..

La sociedad, está sobre el hombre, y, la noción «pueblo», sobre la noción «hombre».

A uno de los nuestros—Mirbeau—le han hecho decir después de muerto: «¿Qué importa que haya hombres malos, viciosos y perversos, si fundidos en el crisol de Francia, mirados así en lo colectivo, en sociedad, en la nación, ésta, constituida por todos sus hijos, se levanta heróica, aparece a los ojos del mundo, grande, luminosa, desinteresada, austera, genial y sabia»?..

¡No, no; nunca, nunca!.....

Valen los hombres, por hombres; no por franceses, americanos, alemanes, chinos.

No habrá paz definitiva, en tanto el hombre no se entienda con el hombre desde un punto de vista de reciprocidad; en tanto la concepción de la autonomía, que comprende como valor una individualidad libre, no alcance amplios desenvolvimientos.

Se ofrece un profesor racionalista para dirigir una escuela en cualquier punto de las provincias de Santa Fé o de Buenos Aires (República Argentina). Pidan informes a la redacción de EL HOMBRE.

PARA TODO LO RELACIONADO CON NUESTRO SEMANARIO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA, DIRIJANSE A NUESTRO AGENTE FRANCISCO ELORZ, BELGRANO 2556.—B. AIRES.

GIROS Y CORRESPONDENCIA : : : : A NOMBRE DE : : : : ANDREA PAREDES

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

XVI

EL DECÁLOGO

X

El bien es una concepción ideológica que la criatura humana viene persiguiendo en vano desde que tiene conciencia de su ser. En ninguna parte se halla esa idea evocada por el hombre desde que nace hasta que muere, y por ningún procedimiento religioso, filosótico, científico o político, ha podido encontrarla. El bien es una paradoja de la humanidad viviente. Cuando creemos alcanzarlo, confiados en alguna ingenuidad de nuestras aspiraciones, se nos escurre sin saber cómo, se nos aleja y se nos sitúa en imprevistas lontananzas. ¿Qué hay en nosotros para que no podamos ser felices? ¿Qué constitución es la nuestra que nos predispone al dolor y al sufrimiento, a un dolor eterno y a un sufrimiento perenne? Las lágrimas las tenemos constantemente sobre nosotros, como si fueran una secreción fatal de nuestro organismo. La criatura humana es un sér desdichado. La especie es una gran fuente de calamidades orgánicas. La angustia es una actividad nuestra, como cualidad incontrarrestable de la vida. Se sufre en el amor y en el dolor, en el pensamiento y en la idea, en los ejercicios que hacemos y en las creaciones que de ellos derivamos.

Preguntadle a un filósofo que no sea dogmático cómo se puede ser feliz y no encontrará, seguramente, una fórmula que daros. No; el bien sin apetitos, sin pasiones y sin sentimientos, no existe; y no existe porque la quietud es el equilibrio de una quimera. A la actividad que nos exige el minuto que se une a nuestra existencia, se agrega el dolor como una propiedad suya. El movimiento a que nos tiene sometido el orden movible del universo, no se realiza sin esfuerzo; y el esfuerzo se lleva un desgaste de energías que arrancan a nuestra alma ideas de infelicidad. El infinito tiene sobre nosotros ese peso inmutable. El equilibrio estable de organización psicológica que la especie humana necesitaría para ser feliz, no es posible localizarlo en ninguna etapa de su evolución ni en ninguna de sus altitudes de progreso. Las ideas que produce nuestro espíritu, se nos presentan siempre en una circunstancia de futuro. El hoy es una manifestación de la vida, que no nos deja satisfechos. La esperanza de continuidad que exhala el hecho que se vive, es el aguijón que tenemos clavado en medio de nuestra existencia. Las etapas de descanso que suelen divisarse en el universo de la vida, no se alcanzan nunca. Todo lo que existe forma parte del movimiento ininterrumpido y vertiginoso que no empieza ni concluye y todo se mueve precipitado en esa carrera inabarcable. La inercia es una suposición; la calma es un deseo.

Sin embargo, es condición nuestra proclamarnos en contra de todo esto. La rebeldía es un elemento capital en el bagaje de nuestras actividades. Somos rebeldes por un principio vital. La ciencia que hemos elaborado y que constituye nuestro patrimonio de sabiduría, tiene la energía inherente de un descontento eterno. Las civilizaciones son conjuntos de fórmulas que se proponen la felicidad, y por ello fracasan todas. No hay nada más ingenuo que el hombre creyente de una fórmula de bien, pues que le falta, sin duda, el sentido de lo inacabable. Los hombres más sabios, empero, pecan mucho de esa inocencia. Porque, ¿qué busca la sabiduría al interpretar las leyes del vivir? El bien. Y la idea del bien figura en la sabiduría, como un engaño vestido de fantasma. En cada época, lo mismo que en cada civilización y en cada pueblo; los hombres de mayor saber se adelantan intrépidos, para mostrar el escondido tesoro del bienestar. Y estos hombres son los que concentran la atención de muchas generaciones, sobre un punto de las lejanías universales. Pero el bien huye más lejos y la actividad toma los impulsos que prestan a las luchas humanas las nuevas fórmulas de las esperanzas escogidas. Debemos confesar, no obstante, que los sabios existen para eso. Sin una enseñanza de la idea del bien, el sabio no es sabio. Y sin esa idea, nuestros sentidos humanos difícilmente hubieran alcanzado tan amplios desarrollos.

El décimo mandamiento del decálogo que nos ocupa, tiene una interpretación original del bien. Mejor dicho: tiene la interpretación de los bienes que se apoyan recíprocamente durante la vida del sér. Uno de ellos es de pretérito y el otro es de presente. El de pretérito consiste en ser buenamente concebido, y el de presente en conservar la salud originaria de aquella concepción. He aquí su texto:

«Hay sólo dos bienes supremos: ser concebido-y-gestado en el ovario-y-útero de una mujer dichosa de ser madre..... y gozar de la salud consiguiente basada en eso mismo y continuada en una normalidad funcional ininterrumpida..... hasta dejar de vivir. (De los demás bienes..... relativos no te preocupes,.... si es que un *bien nacido* puede preocuparse de efímeras futilezas».

El primer *bien*, no por ser supremo y no por hallarse situado sobre una concreción, es menos imposible. ¿Cómo el hijo puede escoger la madre que lo conciba? Suponemos, desde luego, que la idea del autor no es ésta, pero esta es la idea que, en primer término, se desprende del precepto. Y luego, ¿qué mujer es la que no se considera digna o dichosa de ser madre? El desprecio de sí misma, no hay criatura que lo tenga. Y sería necesario que este desprecio fuera una cualidad de la persona, para que la mujer se juzgara el mérito o el demérito de su maternidad. En la criatura y desde sus puntos de vista, todos son valores positivos; es decir, no hay nadie que no se estime digno de sus funciones naturales. Hasta el enfermo tiene la convicción de que su enfermedad no le invalida para hallar en las apreciaciones de sus semejantes, un concepto saludable. Por otra parte, el tener un hijo es uno de los deseos más vivos de la mujer, es uno de sus deseos orgánicos, como el de tener contacto con el hombre. ¿Y qué procedimientos podríanse adoptar para que la mujer no fuera madre por un acto meditado suyo? Esto no es fácil. Juzgar a los demás, con justicia o sin ella, es cosa sencilla, tanto como no lo es el juzgarse a sí mismo. Juzgarse a sí mismo con la lógica inexorable con que juzgamos a los demás, es aumentar nuestros sufrimientos en grado superlativo, y ya se sabe que nuestra lucha más intensa consiste en huir de ellos todo lo que podamos. El hombre, sin embargo, se juzga, se critica y se censura, pero esas son manifestaciones que se deslizan suavemente a través de un proceso silencioso.

El concepto desfavorable que de mí pueda tener, es un concepto que no apetezco verlo reflejado en la crítica de nadie. Yo puedo, en cierto modo, violentarme y calmarme, pero si otro me violenta me predispone, quizás, a una enemistad indefinida. La vida de relación tiene tales encrucijadas. Mi pequeñez, por ejemplo, es una cosa sagrada de mí mismo. Y en esta interpretación práctica de la vida, hallamos nosotros una fuente inagotable de energías, la perfección relativa que se trabaja por propios esfuerzos sucesivos. El hombre no se halla dispuesto jamás a confesar sus faltas. Y, a nuestro juicio, procede bien o naturalmente. Las faltas engendran el menosprecio, la injuria y el castigo y no hay nadie que anhele cargar sinceramente con tales responsabilidades, tanto menos, cuanto que sus actos integran una parte de su persona. Además, la responsabilidad no es cosa del hombre, ni de este mundo. Somos lo que somos, y siendo así no somos otra cosa que células de un vasto y complejo organismo, envuelto en un movimiento infinito.

La mujer, por serlo únicamente, se disputa por medio de actos orgánicos, el derecho de ser madre. La abstención podrá ocupar una parte de su vida, pero no toda su vida. Nosotros comprendemos que el pensamiento de Massioti es de educación, aunque el precepto no lo expresa. Educar a la mujer para que llegue a ser una buena madre, es cosa muy distinta a privarla de esa facultad. No queremos decir que el autor del mandamiento tenga esa pretensión, pero se sobreentiende, sin embargo, al recomendar el practicismo de su teoría. Pues de ser de otra manera, ¿cómo podría legislarse en el presente un bien de pretérito? Para llegar a este resultado, en efecto, sería necesario imponer a la mujer el derecho o el no derecho de ser madre, cosa que no deja de ser un mal o un despotismo. ¿Y es posible que exista un *bien*, aunque relativo, allí donde impere esa forma de subordinación o de gobierno? No; al bien relativo tienen que contribuir todos los hombres, para que llegue a ser ostensible.

El segundo bien de presente, como originario del pretérito, se halla expuesto de igual modo a muchas contrariedades. Pues qué, ¿sólo basta haber sido concebido por una mujer dichosa de ser madre para que la salud nos acompañe toda la vida? La salud, además de los factores del orígen enunciado, cuenta también con factores de medio, de sociabilidad, de trato, de alimentación, etc., cuenta con tantos factores que elevan a un mayor número de bienes la preocupación activa y constante del hombre, bienes todos que pueden reducirse a uno solo: al bien. Pero, ¿qué es lo que viene buscando la criatura desde los albores de su existencia orgánica? El bien. Y aunque nunca lo alcance en la exacta medida de sus deseos, el mayor bien conquistado a lo largo de los tiempos, es bellamente perceptible. El hombre de hoy está más cargado de humanidad que el hombre de ayer, a pesar de no haber proscrito de su naturaleza la fiera primitiva que lo hace malo y agresivo. Es más humano, tiene más entendimiento, más poder y más libertad, dones éstos que irán ensanchando su radio de acción, a medida que sean más conscientes los actos que la trabajan. Aspirar a otra cosa o querer situar sobre una circunstancia limitada o concreta lo que siempre ha de ser una aspiración inmutable dentro de lo infinito, es una quimera en que la ciencia y la filosofía no deben pensar, si su misión es la de desarrollar y propulsar todas las energías humanas, para que ganen en movimiento y en esplendor sus civilizaciones y sus progresos.

José Torralvo

RES, NON VERBA

Los católicos de la democracia cristiana, deben conocer mucho latín. De tanto andar pegados a las faldas del cura, de tanto oler incienso, de tanto encerrarse en la sacristía, de tanto y tanto golpearse el pecho y repetir «mea culpa», «mea culpa», «mea culpa»... los suponemos conocedores de tan culto como aburrido idioma.

Cosas y no palabras dice el título, hechos y no pamplinas exigimos de los rapavelas de la calle Hocquart, que ni cortos ni perezosos mienten y engañan por todo lo alto.

Hablan de las «ocho horas» en su periódico, y nos dicen sueltos de cuerpo y moviendo las nalgas, que creimos «haber puesto una pica en Flandes», al descubrir que están en oposición con su hermano mayor en la prensa, el ponderado y seráfico organillo «El Bien Público». ¡Pero señor! ¿Cuándo y de qué modo y en que número de vuestra angusta y mercantilista hoja de publicidad, habéis refutado los estúpidos conceptos, las falsas afirmaciones contra las ocho horas? ¿Qué nos vienen a decir que en otro tiempo hicieron o acontecieron, si ahora no guardan consecuencia con lo anterior? ¿No es una vergüenza que, si sois como afirmais, partidarios de las ocho horas, no hayáis refutado las afirmaciones falsas de «El Bien Público», que sostenía que la jornada de ocho horas, perjudica al obrero en vez de beneficiarlo? Si ahora habéis dicho algo, débese a que os tiramos de la lengua, obligados por las circunstancias, y contra vuestra voluntad, y eso, hablándonos de las glorias de vuestro pasado, de cosas muertas, de laureles místicos que no alcanzan, ni a permitir siquiera, una superficial comprobación. Sois tan mentirosos, que hay que andar con ojo y no perderos pisada. En la forma blandita y escurridiza con que señaláis vuestra disidencia con las afirmaciones de «El Bien Público», se ve claramente que en el fondo estáis de acuerdo. Hechos y no palabras, queremos. No nos importa saber lo que habéis hecho antes, lo que hicísteis en lo pretérito, cuando teníais gremios; lo que importa es saber porque no los tenéis hoy, por que causa estáis muertos y enterrados para todo progreso, para toda iniciativa que signifique un mejoramiento positivo de los trabajadores.

Hace tiempo, que los cuatro gatos que conocemos de la democracia cristiana, solo hacen política barata, agitación sectaria, en defensa de la religión, y maldito lo que se acuerdan de su programa económico, de aquellos problemas que interesan de un modo vital al proletariado.

En cuanto, a que la jornada de ocho horas ha regido durante la construcción de la Basílica Vaticana, por expresa voluntad del Papado, son referencias tendenciosas, afirmaciones de quienes tienen interes en decirlo así; pero desafiamos a los demócratas, a que nos presenten pruebas históricas dignas de fé, donde consten tales propósitos humanitarios del papado con respecto a los trabajadores. Y para terminar, tenemos que decir a los que van a meter la nariz en la historia para probar que, «la jornada de ocho horas es una conquista clerical», que ese santo varón de Felipe II, uno de los reyes que más subleva ciones ha tenido que acallar, que más revoluciones ha tenido que vencer al precio de rios de sangre, no ha implantado las ocho horas por su voluntad, sino que así le fué impuesto por las comunidades gremiales, muy poderosas en aquella época. Hablar del rey Felipe II, como de un reformista económico, es estúpido. Un rey fanático, perseguidor implacable de toda libertad de pensamiento, jesuita, telón, sólo puede ser citado por los católicos.

De tan buen rey dice cualquier diccionario cosas tan sustanciosas como estas: «Suprimió los fueros—léase libertades y derechos—de Aragón; hizo cristianos a la fuerza a los moros de granada; humilló a los portugueses y dejó trás de sí la nebulosa de la muerte de su hijo mayor don Carlos»..... ¡Muy recomendable, como se ve, el monarca católico!...

LIGERAS CONSIDERACIONES DE ARTE

EL REALISMO

El realismo nació del deseo de ser fieles a la naturaleza. En pintura, en escultura, en literatura, etc., el hombre trató de no apartarse de la realidad ambiente que le rodea, como si quisiera rendirle un íntimo y sagrado deseo a las creaciones naturales. Más que la fantasía—empezó a decirse—hay en la vida que se vive y en el medio que nos circunda, caudales de bellos motivos que deben influenciar a nuestro espíritu e inspirar a nuestra inteligencia. La naturaleza con sus reglas inconfundibles de luz y de color, debe ser la maestra del arte. Un paisaje que sea fiel reproducción del que vemos en la selva cargada de hondos rumores, o en la montaña coronada de nieve, o en la campiña vestida de flores, debe satisfacer los apetitos de nuestro sentido estético. Un desnudo de mujer en que palpite la carne en ansias de juventud y exhale la sensación voluptuosa a través del color o por sobre las conformaciones de sus músculos tallados en la piedra, es un cuadro de una sugestiva realidad incomparable. Y el realismo se impuso, como la única verdad del arte y como fuerte oposición a las enfermizas fantasmagorías religiosas, de que hasta entonces se hallaba totalmente saturado. Pero advirtióse bien pronto que copiar a la naturaleza por copiarla, es no realizar la belleza en su perfecto sentido. El arte que la crea tiene otros secretos.

Si copiáis un jardín y no le dotáis de un alma por la que vibren sus arbustos y canten sus flores las dulces melodías de la luz, vuestro jardín será mustio y lo hallaremos falto de movimientos, silencioso de armonías y carente de suprema belleza; vuestro jardín no nos hablará al alma, ni encontraremos en su fondo el espíritu vivaz que nos diga de su mundo interior, como nos dice contemplado bajo el cielo de la naturaleza. El realismo en el arte, tropieza con esta dificultad de primer orden. La materia o la arcilla de la naturaleza, es, sin embargo, de una copia fácil; pero no lo es asimismo el alma que la anima. ¿Y cómo poder interpretar fielmente esa alma cuando cada hombre ve las cosas de un modo desigual y cada artista encuentra en ellas líneas, detalles y proporciones diferentes? He aquí el gran obstáculo que se opone a la estricta ejecución del arte realista.

El alma que ha de dotar al cuadro de una vida más o menos imperecedera, ha de dársela el artista, en atención a su temperamento sensible y de acuerdo con sus orientaciones e interpretaciones estéticas. Un mismo motivo tratado por dos artistas en una misma hora, sugiere al espectador una impresión diferente. En el uno, el paisaje, por ejemplo, adolece de melancolía, de bruscos contrastes, de claros o de negros muy cargados y de líneas más o menos adecuadas a las proporciones de su realidad; en el otro, su aspecto general es riente, los colores son enérgicos y vivos, el negro se extiende tamizado por sobre las ondulaciones del terreno, etc., etc. Y es justo que así sea. En la visión de entrambos artistas, se ha proyectado el espíritu y los contornos del paisaje de un modo distinto. Su realidad se ha transformado en dos realidades opuestas.

El realismo, pues es un nombre que rectifica la misma obra que inspira. copia exacta no La es posible ni es conveniente que la haga un artista con personalidad, con pasiones suyas y con una expresión definida de arte. Para esa copia sin energías intrínsecas, está la máquina, la que por lo mismo no puede copiar su alma; pero no el hombre que tiene sus momentos de inspiración solemne, de tristeza o de alegría, de gusto o de fealdad. Por ser fieles a la simple arcilla de la naturaleza, es que se malogran y fracasan no pocos artistas. Es prudente y sabio que la naturaleza nos inspire, pero después somos nosotros los que hemos de dar a nuestras obras los últimos toques de ritmo y de belleza.

El arte debe ser, a nuestro juicio, profundamente personal. Es nuestro espíritu el que debe animar el paisaje para que éste nos hable un lenguaje humano al que se mezclen los rumores de la naturaleza, ora en forma de cantos o en forma de sollozos; es él quien debe darle vida a la tosca materia, para que el lienzo, la estatua o el libro la alcancen por mucho tiempo y se extienda por sobre el gusto estético de los hombres de mañana.

J. T.

INDIVIDUALISTAS

Si no fuéramos individualistas, es decir, partidarios de la autonomía moral y real de cada hombre, trazaríamos en torno nuestro un círculo y levantando nuestra tienda doctrinaria, le pondríamos vistosa etiqueta a un nuevo sistema de moral.

Entonces, diríamos de nosotros que éramos los mejores y los únicos verdaderos, los más desinteresados, los que tienen más lógica y defienden la mejor ley; nuestro camino, diríamos, que era una línea recta hacia la felicidad, y, nuestra ciencia, naturalmente, sería la única ciencia positiva.

Con todo esto, y, titularnos sabios, sinceros, altruistas, puros en la intención y grandes en los hechos, acabaríamos por instituir reglas de común conducta en nombre del bienestar colectivo y la libertad, y, después, nos quedaríamos tan frescos.....

La historia, contaría historias de nosotros, y, si bién no seríamos santos, puede ser que alguno nos levantara una estatua para perpetuar en el tiempo nuestra memoria; pues, que, después de todo, hay de ello ejemplos, huellas luminosas...

Pero ¡no soñemos!...: somos individualistas.

Walter Ruiz.

PERFILES

I

En épocas como las nuestras, en que los valores de cultura no están realmente clasificados y aquilatados, no pueden juzgarse las capacidades del hombre por el puesto que ocupa. Sin embargo, es este el patrón que existe para medirlas y apreciarlas. «El que ocupa aquel lugar—suele decirse con cierta convicción—es posible que lo llene con su valía». Y así, aunque no del todo conformes, las cosas y los hombres van quedando en el sitio en que respectivamente se hallan situados.

La adaptación hila en nuestro espíritu una filosofía acomodaticia. El hombre superior llega a soportar al cabo el mandato del hombre inferior, y hasta se presenta un día en que lo halla bien.

Los pueblos se encuentran en idénticas circunstancias. Cuatro pillos salidos de un rincón de su seno, los gobiernan como quieren, los apalean y hasta dictan su asesinato. La gravedad social es, pues, alto. La gravedad social es, pues, alto. bien *caprichoso* o profundamente desconocido. Porque, si la inteligencia es peso y es atracción, ¿cómo es tan sencillamente dominada por otra inteligencia de menor cuantía? Los revolucionarios tienen horas en que suelen extrañarse de que una parte gobierne al todo; es decir, de que un individuo cualquiera levantado en un día de gritería, gobierne a todo un pueblo. Pero esa extrañeza es un tanto inocente. La inteligencia es la que menos gobierna en su tiempo, la que menos impone sus dictados de justicia; gobierna sí, pero es cuando sus ideas se han transformado en aptitudes y forman parte de los progresos generales efectivos.

¿Acaso el hombre ocupa el lugar adecuado a su talento? No, señor. Y si no lo ocupa él, como primer compuesto de la sociedad, menos podrá ocupar ésta la circunstancia que habría de ser suya, de acuerdo con los progresos que podría desarrollar y que permanecen en un estado psicológico estacionario.

Es posible, sin embargo, que el peso integral del hombre no radique exclusivamente en su inteligencia; es posible que otros elementos de su organización predominen sobre sus valores intelectivos y que por esta circunstancia vivan engañados los hombres de bien y de saber al protestar del orden gravitativo de las cosas humanas. Y si esto fuera así, ¿no estaría encarnada la verdadera debilidad en la protesta de la sabiduría?

II

Figuran en gran cantidad los individuos que se ven torturados por un corto sentido de comprensión. No comprender gran cosa es su mal y el mal que exteriorizan en la defensa de sus costumbres, de sus cosas y de sus ideas. Pero ese mal que acentúan desmedidamente es por querer que el mundo se ajuste al escaso sentido de su comprensión y porque viva en el ajustamiento que ellos le asignan. Ir más allá, cuando es tan fácil arreglar las cosas en un círculo viviente cercano, es una cuestión que les exaspera verdaderamente. Ellos son misoneistas. Al precursorismo lo temen y lo miran con repugnancia. Estas dos tendencias de vieja memoria, se hallan representadas en todos los ideales. Hasta en los más avanzados de cualquier época, se encuentran siempre los que quieren quedarse y los que aspiran a avanzar. Y surge la disputa, como una fuerza incontenible.

El hombre de escaso sentido de comprensión, no concibe, no puede concebir que haya a su lado quienes deseen adelantarse hacia otros horizontes. La libertad ilimitada le asusta y le incomoda. Y es natural. Un reaccionario no puede vivir con un revolucionario. Esto es un disparate. Al reaccionario le agradaría que el revolucionario no tuviera inquietudes y que no se apartara lo más mínimo de sus torpes y pesadas visiones. Y del reaccionario de cualquier color, surge el fanático, como es lógico; surge como una piedra de la cantera del sectarismo.

Ser libre, en la libertad que cada hombre se trabaje, es un individualismo que perturba las aspiraciones del reaccionario. Y es que la libertad es una idea que no alcanza a ser en la humanidad, por mucho que se la trabaje, el sentido de un movimiento ascendente y variable.

III

En los tiempos de tu juventud, diste tus mejores frutos, los frutos más frescos y tiernos de tu vida. Los que das ahora tuyos son también; y si no tan lozanos ni tan jugosos, no merecen, ciertamente, de tus desdenes egoístas. Tú quisieras poseer siempre el mismo vigor; pero, ¿cómo quitarte de encima la pesadez de los años?

La vida tiene su declive por el que pausadamente vamos deslizándonos hasta llegar al ocaso. ¿Es esto un mal? No; la naturaleza necesita renovarse para que los seres tengan en la vida una primavera y el espíritu del hombre el vigor radiante de una juventud. La vejez es el cansancio que la muerte exige para transformarse en vida. ¿Por qué tu egoísmo de viejo te induce a codiciar los frutos de la juventud, como si en esa codicia llevaras la probabilidad de un triunfo?.

Uno.

Por la autonomía gremial

Vergüenza de todos y responsabilidad de cada uno, es el afán centralista en la organización obrera. Vergüenza de todos, el obrar sugestionados y ser mansos a la dirección de titulados «Consejos Federales» de federaciones centralistas; de cada uno, porque ningun obrero consciente, es decir, ningun anarquista, puede estar con un propósito distinto a la autonomía más radical.

Una Federación que no es cultora de los principios de la autonomía, es una federación falsa y negativa, desde sus principios básicos, hasta su conducta, en este caso, despótica e injusta.

Esto no rige para el Uruguay, cuya Federación, por fortuna, no peca de semejante mal. La F. O. R. U. procura, en todo lo posible, estimular la organización obrera, sin tener en cuenta, si los gremios que lleguen a constituírse entrarán a su seno o harán vida independiente. Entre nosotros, la solidaridad de los gremios federados nunca faltará a los gremios autónomos, pues que aquí, felizmente, se comprende al proletariado como constituyendo una gran familia.

El mal proviene del vecino país, donde, al decir, de un buén compañero, hay más »Federaciones» que sinvergüenzas..... sin embargo de haber muchos de estos.

Que hubiera muchas federaciones o una sola sería igual, siempre que en la una o en las muchas existiera sinceridad, rectitud, buena intención, inteligencia y solidaridad; pero como no hay nada de esto, una o muchas son un mal, un perjuicio, un peligro real para la lucha contra el Estado y el capital, y, lo mejor que pueden hacer los compañeros, es levantar la bandera de la independencia total y, combatir a muerte todo acto, todo empeño, toda demostración de centralismo gremial.

La autonomía de los gremios, frente a las distintas e igualmente torpes federaciones obreras, sean «quintistas» o «novenistas», nos parece bién. Lo que importa hoy es descentralizarlo todo, dejar libres a los gremios, dejarlos en condiciones de poder disponer como les plazca de sí mismos, en una total autonomía. La solidaridad obrera es de este modo más humana, más digna, más consciente también, evitándose estos juegos políticos, estas banderías de últimos tiempos, que han culminado hace poco en la huelga de solidaridad con los obreros de los Molinos del Río de la Plata. Por la autonomía siempre, los anarquistas, para que «quintistas», «novenistas» y demás adeptos a este juego de partidos, se vayan con su música a otra parte.

Afirmaciones y Críticas

La mala como la buena prensa, obrero, puedes leerla. Nosotros, los anarquistas, no ponemos censura a las lecturas; porque, mirando bien, la cuestión no radica, precisamente, en que tu lleves solamente mi mercadería, tan solo porque yo te diga que es la mejor. Antes se me antoja que, la cuestión real, es, que tú puedas establer análisis, comparar esto de aquí con aquello de allá; pero, si eres mi exclusivo cliente, si tu no lees mas que lo mío, eso no lo podrás hacer.

En verdad, que los anarquistas no hacen cuestión de buena o de mala prensa, ni dicen como el católico: «No leeas la mala prensa que envenena tu alma; no leas, no, porque te condenas»... Ah, pues dicen lo contrario asimismo: «que leas mucho y lleves a tu casa mi prensa y la agena, periódicos burgueses, periódicos obreros, de toda clase y tendencia, de todas partes e ideas». Eso dicen y aun agregan: «No levantes murallas en torno tuyo, que proyecten sombra en tu entendimiento o que impidan que lleguen hasta tí los pensamientos, las ideas, que actuan sobre el mundo»...

Lee, obrero; estudia, compara, analiza, medita; abre tu espíritu al mundo y, después, recién podrás juzgar por tí mismo sobre la mejor o la peor prensa y el orden en que debes hacer tus lecturas. No aceptes jamás los consejos de quienes, llamándose anarquistas, solo recomiendan a tu cuidado y cariño su mercadería, diciéndote, como los católicos: «lleva a tu hogar mi prensa sana, mi prensa buena; abomina de la mala prensa»... porque eso huele a mercantilismo, es echar agua, a ojos vistos, para su molino.

La buena o la mala prensa, obrero, es cosa tuya, de tu albedrío; no obstante, que yo te diría: «Buen amigo, que leas mucho, cuanto caiga en tus manos; pero que leas bién, es decir, que analices lo que leas, porque, en el mal como en el bien, hay resultados pedagógicos»...

José Tato Lorenzo.

Movimiento Obrero

CONDUCTORES DE VEHICULOS DE CARGA Y PEONES DE BARRACAS

Estos dos gremios, fuertes, bien organizados, están empeñados en una obra grande, la de constituír la Federación de gremios afines, para llegar algún día hasta la Federación de Transportes Terrestres.

Esta noche realizan asamblea: los conductores, en su local social—Arenal Grande 2368,—los peones de Barraca, en el local de los Obreros Panaderos—Médanos y Uruguay.—Que hay entusiasmo por la organización, no es necesario repetirlo aquí y que han de conquistar un mejoramiento económico, no hay que dudarlo. Las asambleas realizadas, indican una voluntad inquebrantable, un propósito definido de llegar a constituir una fuerza poderosa.

La asamblea de esta noche, tiene por objeto unir los dos gremios, cimentar las bases de la Federación de gremios afines.

¡Adelante, adelante con la organización!...

OBREROS EN MADERA

Este gremio, que en otros días, fué exponente de un gran poderío y conciencia obrera, ha vuelto por sus fueros, se ha reorganizado y cuenta en su seno con numerosos trabajadores. A la asamblea ultimamente realizada, para constituir su comisión administrativa, han concurrido más de un centenar de trabajadores, lo que indica entusiasmo y empezar con buen pie los primeros pasos de la nueva jornada.

LOS MARÍTIMOS

Es probable, que al salir nuestro periódico, los trabajadores portuarios estén ya en huelga. Han presentado un pliego de condiciones a los capitalistas y al Estado, moderado en sus exigencias y encarado en un amplio sentido de justicia. Si la contestación es negativa, cosa casi segura, tendremos una lucha fuerte por delante, y se verá entonces, el generoso concurso y la solidaridad de la clase trabajadora.

No hay que olvidar nunca, que de la unión que existe entre los trabajadores, no solo dependen los éxitos presentes, sino también aquellos que puedan desenvolverse en le futuro.

OBREROS FERROCARRILEROS

No hay gremio más castigado que este. Pesa sobre él la conjura del capitalismo, la férula de unos delincuentes, que están constantemente alerta de lo que puedan pensar o pretender hacer los trabajadores del riel. Hay espías, judas, que venden a sus hermanos. Existe mútua desconfianza, y por ello, no se llega, no se podrá llegar, en mucho tiempo, a la reorganización deseada.

Tan solo por haber concurrido a una reunión obrera, habida hace pocos días, han sido puestos de patitas en la calle varios trabajadores. Es decir, por sospecharlo, ya que alguna de las victimas, ni semejante *delito* había cometido. Esto, como se ve, es inaudito. No obstante, no estamos en Africa; estamos en el Urugay, que es un país—según dicen—*bastante* domocrático.

Desde Buenos Aires

La huelga general, declarada por las entidades obreras autónomas, ha terminado. La solidaridad se cumplió de una manera alta y digna, cumpliendo como buenos muchos gremios y, como era de esperarse, en primer término, la Federación de Construcciones Navales. La Federación O. R. A. del V, también apoyó el movimiento, pero de bastante mala gana. La F. O. R. A. del IX, traicionó a los trabajadores. La F. O. Marítima, hizo otro tanto. Malditos sus caudillos, sus dirigentes; malditos los chantagistas, los que engañan a los trabajadores, sirviendo los intereses de los capitalistas.

A ellos el máximo castigo. A ellos la acción directa...

DESDE CHILE

Se percibe un jornal mínimo igual a la mitad del jornal que trabajando percibe el operario encargado de la comisión. En una ocasión se dió un beneficio al secretario general de la institución en atención a lo que había trabajado por ella y creo que al haber quedado sin trabajo también. El beneficio dió más de 500 pesos. A los pocos días había una huelga y al secretario se le pagaban 5 a 7 pesos diarios.

En cuanto a la acción cultural se han dado con frecuencia funciones cuyos programas han quedado librados por lo general a la voluntad de los que han prestado su concurso. Las conferencias, por aquello de que no se deben discutir cuestiones doctrinarias en una sociedad, se acordó desterrarlas, confundiendo así una matinée o velada con una asamblea. Pero parece que después se reaccionó sobre el particular, aunque creo que no por eso hayan abundado las conferencias. Se ha tratado de la publicación de un periódico sin que se haya llegado a ello. No tengo conocimiento de si se habrá formado una biblioteca que se pensó formar.

La Federación con su actividad y crecimiento introdujo el pánico entre los fabricantes, quienes a su vez se organizaron para contrarrestar su acción y, si posible fuera, echarla abajo. En una de las cláusulas del convenio que firmaron se comprometieron a declarar el lock-out en caso que a juicio de un tribunal que se nombraría de entre ellos mismos, en una reclamación de los obreros éstos no tuvieran razón. El lock-out, pues, se presentaba amenazador. Con esta perspectiva y todo, la Federación, de un local de 180 pesos que ocupaba pasó a ocupar uno de 500 pesos.

Viéndose venir el cierra puertas, la Federación deliberó como atenuar las consecuencias y acordó recurrir al sindicato industrial, por acciones, para la fabricación del calzado por cuenta de los operarios. Mientras tanto envió una comisión a Valparaíso a imponer al gremio de lo que pasaba y a procurar su reorganización, lo cual se consiguió, hallándose actualmente la nueva Federación en más o menos buen pié. Hay bastante entusiasmo y ya ha declarado una huelga cuyo resultado aun no se conoce. La reorganización fué en Diciembre.

Con motivo de una huelga declarada el 10 de Diciembre en una de las más importantes fábricas, a las que se unieron luego las de dos más, todas por la reposición de operarios despedidos, un tribunal de los industriales acordó, en conformidad a su convenio, el lock-out por tiempo indeterminado, fijando para llevarlo a cabo el 9 de febrero. La Federación se anticipó y declaró la huelga una semana antes.

Juan F. Barrera.

(Continuará)

NOTAS ADMINISTRATIVAS

J. Blioque—Recibimos por mediación de nuestro agente 3 nacionales.

Elorz—El libro vale 85 centavos.

Garijo—Tomamos nota de los 5.40 entregados por Spera. Escribiremos.